

EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

EN PROVINCIAS.

AÑO III.—NUM. 849.

EDICION DE LA MAÑANA.

Miércoles 7 de octubre de 1857.

EN MADRID.

MADRID 7 DE OCTUBRE.

Decíamos ayer, que El Occidente, en el primer instante de su aparición en la escena política, había proclamado una serie de principios, que pueden resumirse en estos cuatro puntos cardinales: monarquía constitucional, libertad política, orden y progreso positivo y racional en todos los ramos de la administración pública. Para que el primero de los enunciados principios fuese una verdad práctica, fecunda y poderosa, deseaba la alianza íntima, la mayor concordia posible entre el trono y las Cortes; para que el segundo, no inflamase el corazón de las masas, y sirviera como de elemento y pávilu a las pasiones ilegítimas, pretendía que se desenvolviese a la luz de la prudencia, y en consonancia con las severas prescripciones de la razón; para que el orden constituyera el vínculo conservador de nuestra sociedad, combatiera el imperio de las ambiciones insensatas y el monopolio de mando; para que la ley eterna e inquebrantable del progreso ejerciese su acción benéfica sobre nuestra organización social, económica y política, pedía reformas, hijas de un maduro cálculo y de una circunspección esquisita, y rechazaba como estériles o solo fecundas en males, aquellas que se elaboraban bajo la presión de sentimientos tumultuosos, o al siniestro resplandor de utopías descabelladas.

Siendo tales las doctrinas que enunció El Occidente, ¿conseguió el ojo avizor de El Parlamento descubrir en ellos alguna herejía política que impida asimilarlas a los cánones mas ortodoxos del partido moderado? No ha hecho siempre alarde este partido de su respeto a la monarquía constitucional, de su adhesión pura y sincera a las instituciones representativas, de sus esfuerzos por consolidar el orden público, de su anhelo perseverante por romper las nubes de la ignorancia y de las preocupaciones, a fin de iniciar grandes mejoras en el cuerpo de nuestra nación, de su origen liberal y de la necesidad de oponer este origen, y el sentimiento y las ideas que de él se desprenden, a las pretensiones del partido absolutista? No ha sostenido siempre el partido moderado que su última y mas grande aspiración se dirigía a conservar el juego armónico entre los poderes públicos y las funciones vitales del Estado? Pues este era, también el voto supremo de El Occidente.

Mas al llegar a este punto se presenta El Parlamento decidido a cercarnos el paso y a oprimarnos bajo el peso de una argumentación sin réplica. No importa que El Occidente haya demostrado que sus doctrinas fueron conservadoras; no importa que haya patentizado que adoptó los principios del partido moderado; no importa nada de esto; El Occidente no es moderado ni progresista, y por qué? Porque El Occidente lo ha declarado así en términos bien explícitos. Ciertamente que si el órgano del gabinete Narvaez se hubiese tomado el trabajo de examinar el espíritu del artículo en que estampábamos aquella para él tan concluyente declaración, o hubiese detenido un instante su pensamiento en las circunstancias dominantes en aquella época, nos hubiera dado una prueba o de su perspicacia o de su lealtad. Mas la benevolencia de El Parlamento no llega a tan lejanos límites: casi se lo agradeceremos, porque nos proporciona la ocasión de ampliar ideas que estamos muy lejos de desconocer como nuestras por mas que fuesen verdades en el calor de una polémica.

El Occidente manifestó en marzo de 1855 que era un periódico liberal, y nada mas que liberal; pero no moderado ni progresista. Aunque se sorprende y asombra el diario que ha seguido como humilde satélite las evoluciones de un astro que ya se ha eclipsado, le diremos, esplicite, categorica y terminantemente, que al pronunciarnos en aquellos términos en marzo de 1855, comprendíamos nuestra misión periodística, mejor sin duda que la ha comprendido nunca El Parlamento.

Bien sabido es que después de la revolución de julio de 1854, los vencedores echaron en rostro a los vencidos, faltas, escésos y hasta crímenes. No era este ejemplo nuevo en la historia de las discordias civiles; venia observándose en todas las grandes convulsiones por que ha pasado nuestro país; y puede decirse sin riesgo de emitir una paradoja, que el móvil de semejante conducta se halla en lo íntimo de la condición humana. El que vence necesita legitimar su triunfo, o con la exposición de sus ideas o por la fascinación que ejercen sus pasiones; las ideas hablan a la mente de las personas instruidas; las pasiones en trances tan críticos hablan al corazón del pueblo. Entonces se fulminaban las mas duras diatribas contra el partido moderado. Se le acusaba de opresor, de ambicioso, de concusionario, de profundamente inmoral; se decía sin rebozo alguno que esplotaba los principios mas sagrados en beneficio de intereses personales; que era revolucionario en la oposición y absolutista en el gobierno; que socolor de defender las prerogativas régias, tendía a erigir la dictadura; que en vez de presentarse delante del trono, se escondía con él para llevar a cabo sus maquiavélicos planes: hasta se negaba que fuese un partido, y

se le calificaba de una reunión convencional de ciertos hombres con el objeto de monopolizar el poder supremo. En aquellos momentos de suma irritación, se confundía la calumnia con la hipérbole; y considerándose como un mérito el hablar mal de los caídos; pocos de los nuevos ensalzados renunciaban al placer de alcanzar este mérito.

En medio de tal fermentación apareció El Occidente. Este periódico, que venia al mundo sin compromisos anteriores, sin vínculo que le sujetase al pasado, sin mancha que oscureciese su reputación, hubiera obrado con cordura proclamándose eco del partido vencedor y sucesor universal de la herencia de culpas, de desacatos y desmanes que se atribuían a ese partido? ¿Qué autoridad, qué prestigio, qué influencia hubieran tenido sus palabras sobre una opinión estraviada, profríndola en nombre de un partido, al que se imputaban todos los males de presente y todos los gérmenes de las calamidades futuras? ¿Qué camino habrían hallado sus ideas para penetrar en los ánimos exuberados, si las enunciaba bajo la advocación de un partido del que se afirmaba que solo respiraba venganza en la primera hora de su restauración? ¿Cómo había de difundir los principios de moralidad y de justicia, tomando el color político de un partido al que se reputaba en último grado inmoral e injusto? ¿Cómo había de pedir reformas en el sistema económico, tomando la voz de adinistraciones que pasaban en concepto de los progresistas como fautores de inauditos despilfarros? El Occidente defendía las doctrinas conservadoras, porque las consideraba, cual el único faro de salvación en la tormenta que en aquel período se atravesaba, lo que probaba y prueba su inalterable consecuencia; pero declarándose órgano del partido moderado habría revelado únicamente un rasgo de insigne estupidéz.

Poniendo en chiste los odios con los odios solo se puede ir de una en otra conflagración a parar en un cataclismo espantoso; poniendo en contacto los buenos principios con los odios mas acerbos, se dulcifican estos, y de una en otra modificación se llega a una era de tranquilidad y ventura. El Occidente dijo que no era progresista porque no lo era en efecto; dijo que no era moderado porque debía, decirlo; dijo que era únicamente un periódico liberal, porque entonces, ahora y siempre llevará con orgullo este título.

Siendo El Occidente un periódico liberal, porque de otro modo no podría ser moderado, aceptaba todas las libertades; frase que ha conmovido la delicada fibra de El Parlamento. ¿Aceptar todas las libertades! ¿Y a dónde nos conduciría una teoría tan peligrosa! Si el diario semi-oficial del gabinete Narvaez hubiera estudiado un poco los rudimentos de la filosofía política, de seguro que no se hubiera apoderado de nuestra soberanía para convertirla en arma de ataque. La libertad política como la libertad individual nunca es un fin sino una y simple mente el medio de obtener determinados fines. Arrebatada la libertad física a un hombre, ahorrándole en el fondo de un calabozo, y ciertamente que no desempeñará las funciones que estaban en armonía con el vigor de su constitución. Arrebatada al mismo hombre, si es posible, su libertad moral, su libre albedrío, y le dejareis transformado en un ser inferior a los brutos, en un autómatas que ejecutará los movimientos que le imprime la mano o la voluntad ajenas, pero que no podrá realizar los altos fines que la providencia le tenía reservados.

Pues la sociedad tiene las mismas leyes providenciales, las mismas condiciones, igual manera de existir y desenvolverse que el individuo. Para cumplir su secular misión necesita el mayor grado de libertad posible, como la necesita el individuo. Mas al modo que el hombre no debe gozar de tanta libertad en el período de la infancia, como en la adolescencia, ni era esta tanta como en la edad viril, así tambien las libertades públicas deben templarse y acomodarse de suerte que correspondan al estado de la sociedad. Por eso El Occidente, fiel a las doctrinas que había anunciado en un principio, deseaba las libertades posibles como un medio de avanzar en el camino del progreso, y al principio, se ponía en contradicción, no con los principios del partido moderado, sino con las máximas de la escuela política que se llama histórica o tradicional. Si esto es objeto de censura para El Parlamento, aceptamos de muy buen grado las censuras del periódico ministerial.

Que en concepto de El Occidente todos los criterios para juzgar la prensa política eran malos porque todos reposaban sobre un absurdo. Al oír esto fingió escandalizarse nuestro puditubundo antagonista El Parlamento, y protesta contra semejante doctrina que jamás dice ha sido la del partido moderado. Está visto que el órgano del ministerio Nocedal Narvaez es poco aficionado a observar las reglas de una buena interpretación. Porque de observarla habría vuelto los ojos hacia la situación en que nos expresábamos en tales términos. El gobierno progresista, vivamente acometido por las oposiciones, escitaba el celo de los promotores fiscales para que reprimiesen

los ataques de la prensa periódica, y aunque funcionaba con frecuencia el jurado popular, el celo de los fiscales resultaba impotente, los veredictos del jurado absolutorios o condenatorios no producian resultados, y el gobierno, a medida que se sentía débil, redoblabas sus esfuerzos para comprimir a un adversario invencible.

Al observar este espectáculo, El Occidente dijo con razón que los criterios empleados para juzgar a la prensa, eran malos, porque se apoyaban en un absurdo, pues absurdo es siempre perseguir lo que no se puede obtener, y añadir a que, en el caso de ser ineficaces los medios ideados, y debiendo optarse entre la represión absoluta de la frase política y su absoluta libertad, optaba por la última. Ahora bien, El Parlamento nos dirá si el partido moderado, en el caso de elegir entre la represión completa y la libertad completa de la prensa periódica, prefería la primera a la segunda. Nosotros creemos sinceramente que no, pues en caso contrario, renunciaría a su carácter de partido liberal.

Las demás imputaciones de El Parlamento no merecen una refutación detenida. Que nosotros aplaudimos la marcha política del gabinete Narvaez; que defendimos la política de ese mismo gabinete contra los ataques de la oposición; que el director de El Occidente aprobó como diputado la contestación al discurso de la corona, en que estaba embebida la reforma constitucional. Ya lo hemos dicho y repetido hasta la saciedad: encomiamos la política del general Narvaez porque veíamos brillar en ella un pensamiento grande, luminoso y fecundo; el de la unión del partido moderado; porque la creíamos encaminada a la observancia pura e indefinible de la Constitución de 1845, y porque reputábamos a este código fundamental como la síntesis de las doctrinas conservadoras.

En uno de nuestros artículos, que cita El Parlamento, se descubre en toda su claridad el pensamiento, norma de nuestra conducta: El señor ministro de Estado, decíamos, órgano principal del ministerio, en la sesión celebrada ayer (19 de mayo de 1857) en el Senado, ha presentado en su verdadera fase el pensamiento, de conciliación. En su discurso, notable por mas de un concepto, sobresalen algunas apreciaciones llenas de luz y verdad. Ha dicho que los hombres de todos los partidos pueden vivir bajo la égida tutelar del gobierno y que los miembros del gran partido moderado que contribuyeron a elaborar la organización política de 1845, se hallaban en el caso de contribuir eficazmente, por deber, por interés y por patriotismo al sólido sañamiento de esa misma organización.

Es imposible desconocer, sin cerrar los ojos a la evidencia, la exactitud de tales observaciones; nosotros vemos con satisfacción que estas doctrinas se hallan en cabal consonancia con las que ha defendido El Occidente; y creemos que son la expresión mas franca y genuina de los sentimientos que profesa la gran mayoría de la comunión conservadora. El partido moderado tiene un dogma claro y bien definido en el código político y administrativo de 1845; fuera de él solo se encuentran tros escollos; mas allá el absolutismo con todos sus resultados; mas acá la revolución con todos sus terribles sacudimientos.

Ve, pues, El Parlamento, como nosotros, hombres de doctrinas fijas e inmutables, apoyáramos al ministerio Narvaez, en la creencia de que sus aspiraciones no irían mas allá que la Constitución de 1845. Cuando nos convencimos de lo contrario, no vacilamos en enarbolar la bandera de oposición; y la hemos sostenido sin volver la cabeza atrás, sin retroceder un paso, ni arredrarnos ante los obstáculos que se le vantaban en esta nueva vía.

Por otra parte, que el director de El Occidente aprobara como diputado la contestación al discurso de la corona, y en principio, la reforma constitucional, no significa nada, absolutamente nada; es un recurso mezquino que solo ha podido emplear un periódico tan escaso de otros mas fuertes como El Parlamento. Conforme con la totalidad del proyecto, no se hallaba en el caso de provocar la discusión respecto a uno de sus extremos. Si la reforma se lanzaba en la arena de los debates parlamentarios con forma propia e independiente, tiempo y ocasión era de combatirla o desaprobarla; si el ministerio, volviendo sobre su primer acuerdo, la retiraba, para que dar el grito de alarma cuando todavía era posible esperar la unión de las fracciones pertenecientes al partido moderado?

Vamos a concluir, por ahora, dejando abierto el pelenque de la discusión. El Occidente, periódico de principios, no ha considerado a los hombres mas que como el simbolo de esos principios; cuando han dejado de serlo los ha combatido sin tregua ni contemplación; nunca ha tenido idólos quebradizos en cuyas aras haya arrojado incienso a manos llenas; solo ha rendido culto a las ideas, y aunque ese culto no proporcione ventajas materiales, ennoblece el alma e infunde aliento para cruzar con la frente erguida al través de las situaciones mas críticas. Damos que El Parlamento pueda decir otro tanto.

M. F. Manrique.

Comprendemos la impaciencia con que aguardarán nuestros lectores la noticia del desenlace definitivo de la crisis ministerial. Después del larguísimo plazo que esta lleva de duración, parece que no podría prolongarse un día mas, sin elevarse a la categoría de un verdadero fenómeno en los anales de la política. Y sin embargo, la crisis continúa por lo menos, hasta la hora en que trazamos estas líneas; nada exacto, nada positivo o semi-oficial podemos anunciar relativamente a la persona o personas que hayan de sustituir en el gobierno al actual ministerio.

Durante el día de ayer se espió la noticia de haberse avisado al general Armero, que se halla en Andalucía, para que viniera a encargarse de la formación del nuevo gabinete. Este, como otros cien y cien rumores diversos, había circulado ya en los días anteriores; pero ayer se le dió mas consistencia, sin que por ello podamos decir que es mas verosímil que los otros.

Repetimos lo que ya hemos dicho: fuera de la dimisión de los actuales consejeros de la corona, que no admite duda ha sido aceptada por la Reina, no hay nada cierto en cuanto pueda aventurarse acerca de la terminación de la trágica crisis por que estamos pasando. La creencia mas general, a pesar de cuanto en contrario se diga, es la de que el señor Bravo Murillo está llamado a recoger la triste herencia del ministerio Narvaez-Nocedal.

Para nosotros, que hemos mirado y miramos como una calamidad para nuestro partido y como una lamentable desgracia para el país en general la permanencia del citado gabinete al frente de los negocios públicos, es bastante satisfactoria la noticia de su caída, y no queremos, hasta que oficialmente se nos anuncie su reemplazo, entretenernos en formar juicios ociosos sobre lo que quedará detrás de aquella situación tan desautorizada, tan estéril, tan heterogénea y tan abigarrada. He aquí ahora, para no perder la costumbre, el entretenimiento mosáico que ofrecen las noticias consignadas por nuestros colegas de la prensa.

La España.—Las vacilaciones en que a cada instante caía el público con respecto a la vida del ministerio, han desaparecido. Con toda seguridad puede decirse que ya no existe el gabinete del señor duque de Valencia. Desde el viernes por la noche en que se declaró la crisis parcial y que a muy luego se hizo general, ha reinado la mas completa incertidumbre hasta que el domingo, después del besamanos, habiendo los ministros insistido en su propósito de retirarse, y formalizado por escrito sus dimisiones, S. M. la Reina tuvo por conveniente aceptarlas, no sin haberse dignado manifestarles antes el sentimiento de que cuestiones, a su modo de ver importantes en la esfera del gobierno, la obligasen a separarse de ellos.

Por lo que toca a la formación del nuevo gabinete no podemos ni con mucho ser tan esplicitos. El sábado y el domingo se dijo que el señor duque de Valencia seria llamado a constituirlo con el señor Pidal, y la circunstancia de haber estado en palacio el señor Arrazola a quien se designaba como candidato para Gracia y Justicia, daba alguna probabilidad a la noticia. Si ha existido esta combinación, tal vez haya fracasado por la natural resistencia del general Narvaez a entrar en ella, a pesar del empeño que para hacerla prevalecer ponía, al decir de las gentes, el señor Pidal.

Después los noticieros han hecho y deshecho candidaturas sin que nadie les fuera a la mano. Las ha habido para todos los gustos. La del general La Rocha, que en un principio circuló mucho, ha caído en el olvido. La mas probable anoche era la designación del general Armero y aya se añadía que había sido mandado llamar por medio de un correo extraordinario, pues se encuentra actualmente en Andalucía. Si el general Armero acepta la misión de formar el nuevo gabinete es casi seguro que tendrá por colegas al señor Mon en Hacienda, al señor Mayans en Gracia y Justicia, y al general Urbina en Guerra. Todo cuanto se ha dicho acerca de mensajes telegráficos llamando a diferentes personas, carece de fundamento.

Entre las dimisiones de que ya comienza a hablarse, se encuentra la del señor Marfori, quien la tiene presentada desde el sábado último.

El Diario Español.—Según nuestras noticias la crisis ministerial no ha recibido aun solución alguna.

Parécenos inútil hacerlos cargo de los rumores que en el particular han circulado de las diversas candidaturas que se han presentado como probables, y de los juicios que cada cual ha formulado y que naturalmente sugiere un hecho de tanta importancia; solo si diremos que en nuestro concepto nada puede decirse con seguridad respecto a los hombres políticos que hayan de reemplazar a los actuales, porque nada puede saberse todavía. No creemos que haya exactitud en ninguna de las candidaturas que se dan por ciertas; su misma variedad y número vienen a ser la prueba de nuestro aserto.

May pronto sabremos a que atenernos; entre tanto seguimos abrigando la confianza de que S. M. reconocerá con su tacto lo que mejor convenga a los intereses del país.

bastante vaguedad. A cada hora del día se citan candidatos, y muchos de ellos en nuestro sentir, sin otro antecedente que el de la posición política que ocupan, y quizás sin mas elementos en las actuales circunstancias.

Nosotros seguimos en nuestro propósito de no echar a volar candidaturas propias, contentándonos con reproducir las noticias que sobre este particular publican algunos de nuestros apreciables colegas. Por lo demás, la opinion de La Crónica sobre el origen de la crisis, sus pasos y sus resultados probables, ya la conocen nuestros lectores.

Lo mas oportuno, sin embargo, es no dar asenso a todo cuanto se dice, de lo cual en nuestro concepto, hay mucho que carece de fundamento, en especial lo que se refiere a modificación ministerial en el gabinete.

La Hoja autógrafo.—A la avanzada hora en que cerramos La Correspondencia nada podemos decir de lo que creemos pueda decirse, sobre la persona o personas que deben encargarse de la formación del nuevo ministerio. El señor duque de Valencia y sus colegas estuvieron ayer en palacio desde bien temprano; primero para felicitar a S. M. el Rey por sus dias, y después para asistir al besamanos general. Después de esta ceremonia el duque de Valencia habló con S. M. la Reina algun tiempo, pero no creemos que esta conversación tuviera fin ni resultado alguno político. Durante el besamanos se dijo en los salones regios que la crisis no se resolverá hasta mañana martes por la noche, para cuyo tiempo podrán ser conocidas las opiniones acerca de la misma, de algunas personas a quien S. M. ha creído conveniente consultar. Ningun hombre político, sin embargo, ha sido llamado todavía a palacio con el objeto de encargarle la formación del gabinete. La opinion general se inclina a que el señor Armero, capitán general de la armada, es quien tiene mas probabilidades de recibir este cargo. De todos modos es indudable que serán llamados a los consejos de la corona hombres de los que aspiran a hacer indisolubles la causa del trono y la de las libertades públicas.

Esta tarde el duque de Valencia ha tenido una conferencia de tres cuartos de hora con S. M. la Reina. A pesar de esto creemos que a la avanzada hora en que escribimos, la situación de las cosas no ha variado.

El Clamor.—Nada ha variado la situación política durante los dos últimos días. Los ministros continúan desempeñando sus cargos, después de haber admitido S. M. la dimisión que presentaron, y se ignora enteramente quienes serán sus sucesores.

La Beria.—La crisis, que es una nueva obra del Escorial, un parto de los montes, que de loj va a asombrar a España cuando salga a la luz del sol el resultado de esta trabajosísima combinación.

Ayer por la mañana los ministeriales esperaban una reorganización nueva sobre la base Narvaez-Pidal, los cuales se hallaban dispuestos a sacrificarse otra vez en aras de la patria. S. M., sin embargo, parece que no ha querido llevar su sacrificio estos personajes hasta la epopeya. A las tres de la tarde nos aseguraron que volvió a presentarse el general Narvaez en palacio, que fue recibido por la Reina en audiencia, que duró tres cuartos de hora. Después de esto algunos subsecretarios han recibido autorización para despachar los asuntos ordinarios. La sustitución de los ministros sigue envuelta en tinieblas, y a proporción que pasan las horas crece el número de las candidaturas, y de la diversidad de versiones, pudiéndose asegurar que desde que hay régimen constitucional, no ha habido una crisis que se haya prestado a mas comentarios.

Las últimas noticias, y las mas probables, dan por cierta la llamada del general Armero, que está en Andalucía, y al efecto parece haber salido hoy un extraordinario en su busca.

La Península.—Vamos a continuar la curiosa y entretenida historia de la crisis! Según nuestras noticias, que tenemos por verídicas, la dimisión del gabinete ha sido aceptada por la Reina. Se nos asegura que el general Narvaez tuvo ayer tarde una conferencia con S. M.; pero esta circunstancia no ha modificado en nada la situación del ministerio dimisionario; es decir, que la retirada es un hecho incontrovertible. Ya, según parece, no se trata mas que de los sucesores que han de recoger la herencia.

No queremos citar los nombres de las personas que se designan para la formación de un nuevo gabinete, porque creemos que la que reúne mas probabilidades de encargarse de esta comisión es el capitán general de la armada señor Armero.

Las Novedades.—Son tantas y tan opuestas las noticias que en los dos últimos dias han circulado sobre la cuestión de crisis; tantos los nombres que se citan como llamados a reemplazar a los ministros dimisionarios; tan opuestas y encontradas las opiniones y significación política de los personajes que se dicen encargados de formar el nuevo gabinete, que nos parece prudente no aceptar como buena ninguna de las salidas indicadas hasta el presente en tan intrincado laberinto.

Quien sabe si después de tanto ruido se arreglarán las cosas, continuando en sus punzantes sillones los ministros actuales con alguna pequeña modificación.

La Discusión.—Positivamente nada podemos decir a nuestros lectores acerca de la larga, laboriosa, singular y extraordinaria crisis ministerial; cuyo espectáculo estamos hace dias presenciando.

Todos convienen en que el ministerio Narvaez ha dejado de existir; pero nadie hasta ahora sabe quienes serán los llamados a reemplazarle; y la prueba de la singularidad de la situación, es que desde la fracción Bravo Murillo hasta los vicaristas inclusive, no hay nombre de persona importante del antiguo bando conservador, que no haya sido citado como próximo a dar significación a un nuevo gabinete.

Anoche, ademas del señor Bertran de Lis, se citaba por unos al señor Bermudez de Castro y al señor Mon; por otros a los señores Concha, y a los señores...

